

## JARDÍN FLORIDO

Quien hoy visite nuestras escuelas de arte, puede notar una fascinación por el crochet, el tejido a dos agujas, la costura, el bordado. En esa misma línea, las expresiones plásticas híbridas, que, por ejemplo, entienden una pieza cosida en cuanto escultura; que entrelazan cerámica, bordados y cartografías pictóricas; que entre/mezclan tejidos, arduinos y luces, abundan. Así, veo a un nivel muy real, emerger un giro, investido por una suerte de desenfado que facilita el cruzar bordes y fronteras, antes infranqueables. A ese giro lo caracterizaría, en pocas palabras, como una desobediencia al canon.

Ese canon, establecido por la historia del arte hegemónica, es fundamentalmente del orden de lo discursivo y, ciertamente, es profundamente patriarcal y colonial. Su imposición dejó el *obrar sensible* de miles de seres humanos por fuera de aquello que se suponía, valía la pena nombrar, entender o apreciar. Los quehaceres, saberes y oficios fueron marcados severa y dogmáticamente por esa historia del arte como "femeninos", "artesanales" o "populares", tiñendo de desprecio estos términos. El gesto siguiente fue entregar esos operares al olvido y a la invisibilidad.

Alexandra Agudelo se interesa grandemente por los oficios, por esas -mal- llamadas "artes menores". Cuando decidió dejar atrás otra profesión y otros quehaceres y, ya adulta, emprendió su camino en el ámbito de la creación, se dedicó a conocer con enorme curiosidad y admiración, oficios en vías de desaparición, dejándose sorprender por el metal, la madera, el tejido. La he visto humilde, ser enseñada por la materia, recibiendo el enorme conocimiento que da el observarla, el tratar de entender sus comportamientos o el sentirla mutar. He observado a Alexandra habitar la paciencia, reconocer la complicidad del fuego, de la espera, del esfuerzo. También la he visto aceptar la participación del error.

La presente exposición reúne la última producción de Agudelo. Está compuesta por dos momentos. El primero de ellos, *Escena de desayuno* está compuesto por un grupo de cosas, llamémoslas así, colocadas sobre una mesa. Es decir, estamos ante un bodegón. Con esa instalación, Agudelo lleva a cabo un homenaje a Clara Peeters, artista neerlandesa del siglo XVII, de la cual, precisamente por ser mujer, tenemos muy escasos datos. Perteneciente al Amberes de Rubens, tuvo la valentía de emprender un camino distinto -menos idealista, más realista-, que, desde el género bodegón, exploró imágenes caracterizadas por su dimensión táctil, por la minuciosidad en la descripción. Vale añadir que esa olvidada, Peeters, se atrevió a llevar a cabo en varias ocasiones, pequeños autoretratos en las superficies reflectantes que pintaba. Ese gesto, a veces apenas perceptible, es profundamente conmovedor. Pienso que posee su equivalencia en la afirmación: "Esto lo pinté yo. Soy una mujer. Existo como artista".

Por otra parte, la instalación *Jardín florido*, que da nombre a la muestra, está constituida por una serie de apropiaciones de los tocados que portan las monjas en sus retratos funerarios<sup>1</sup>. Agudelo en estas piezas, explora la estructura del tocado, reflexiona sobre la recursividad de los componentes, traza conexiones con otras tradiciones. Piensa en la particularidad de los retratos coronados, como parte de una cotidianidad marcada por los símbolos, en los que la muerte es celebrada en cuanto desposorio místico.

Jardín florido celebra a estas otras olvidadas, las monjas novogranadinas. Desde sus clausuras, fueron administradoras de territorios, expertas en finanzas, prestamistas. Fungieron como refugio y alternativa vital, por lo menos para mujeres de cierta prestancia social. En otro espectro, ya espiritual, ocuparon un papel fundamental como intermediarias espirituales y aliento sagrado. Jardín florido, con las cinco piezas que lo constituyen, honra la presencia de esas extraordinariamente complejas comunidades femeninas.

---

<sup>1</sup> Es de señalar que la magnífica colección de retratos de monjas coronadas, perteneciente al acervo del Museo de Arte Miguel Urrutia -MAMU-, es, sin lugar a discusión, única en el mundo.

En las diversas piezas presentes en la sala, Agudelo emplea técnicas mixtas e híbridas. De esta manera, se da la posibilidad de explorar los límites del material, su capacidad de congeniar con otras prácticas y así, establecer puentes. Algunas de las piezas festejan saberes escasamente practicados, como lo son el vidrio soplado, el *mopamopa* o barniz de Pasto y la filigrana momposina. Destacados sabedores y artistas dialogaron con sus ideas y conversaron con sus operaciones plásticas.

ANA MARIA LOZANO